

Crimen de la calle de Fuencarral.



SENTENCIA Y MUERTE

— DE —

HIGINIA BALAGUER.

De los crímenes famosos
que la humana perversión
ha podido concebir
con cinismo aterrador,
pocos registra la historia
que más llamen la atención
que el que ha dos años y pico
en Madrid se cometió.

Las circunstancias del crimen
y ensañamiento feroz
que tuvieron sus autores,
en su horrible comisión;
las mil frases que el proceso
largo tiempo presentó,
sus variadas peripecias,
el interés, la pasión
con que su marcha seguía
unánime la opinión,
todo ésto ha contribuido

á llamar más la atención,
que jamás ha decaído
desde que se cometió
el crimen hasta el instante
que al patíbulo subió
la desgraciada Higinia,
que allí el delito purgó.

El 18 de Julio
la noticia recibió
la infeliz oficialmente
que ya no había perdón,
que su sentencia de muerte
no tenía apelación.

En su alma, ya abatida,
apenas causó impresión,
creyendo tal vez un sueño
de su imaginación.

Una carcajada histérica
la desgraciada soltó,

y cual si no comprendiera su alcance y penetración, quedó como ensimismada, sin dar muestras de dolor. ¡Infeliz! ¡es cosa dura de su edad en lo mejor que le marquen hora fija para dar su alma á Dios!

Bien sabía hacia tiempo que á muerte la condenó el tribunal; pero ¡ay! es humana condición conservar una esperanza al fondo del corazón.

Ella nos sostiene á todos en toda triste ocasión, y hace sufrir los pesares con santa resignación.

Así Higinia confiada siempre el indulto esperó, pues fué el último recurso que á esa infeliz quedó.

Grandes alientos la daba su abogado defensor, trabajando por su parte cuanto pudo en su favor.

Del mismo modo abogaron de Higinia por el perdon Prensa, Sociedades, Clero, más de una Corporación y distintos elementos de la española nación.

Más ni súplicas, ni ruegos de la pública opinión, ni influencias poderosas, nada en tal caso sirvió; todo este noble trabajo fatalmente se estrelló en la enormidad del crimen en que era de precisión un escarmiento ejemplar, y no sé que otra razón, que ninguno justifica al ménos en mi opinión la resuelta negativa, siendo así que Jesucristo la clemencia predicó.

Cuando más abatimiento

en la infeliz se notó, fué al saber que ya la Reina á San Sebastian marchó sin concederla el indulto.

—¡Oh! no hay esperanza ¡no! (decía) ¡ya no hay remedio para mí! ¡perdida soy!—

Y aunque para consolarla la hicieron la objeccion que la podia indultar desde aquella población, tenia el presentimiento que ya no habia perdon y que el fin de su existencia llegaba á paso veloz.

Y así fué: en la madrugada del diez y nueve salió de la Cárcel de Mujeres, dándola el último adios.

Todas las presas querian poseidas de emoción, despedirse y abrazarla con verdadera efusión.

Mas para evitar escenas de aspecto conmovedor, tuvo el acuerdo acertado de impedirlo el Director, y solo una compañera bajó en representación, de todas, y al abrazar, sincero llanto vertió.

Llegó á la Cárcel Modelo y tal fué su postración, que para bajar del coche auxilio necesitó.

A las ocho en punto fué cuando se la trasladó á la capilla, y su estado y su pena y su aflicción eran tales, que fué un acto en verdad conmovedor.

Inmediatamente Higinia en ella se arrodilló, y con abundantes lágrimas así á la Virgen rogó:

—Virgen Santa, por tu hijo que amoroso perdonó á sus verdugos, perdona

á una infeliz como yo;
y si yo no lo merezco,
sea al ménos el perdón
por mis pobres hermanitos,
pues que tan honrados son.—

Largo tiempo arrodillada
ante el altar continuó,
llorando á lágrima viva
y rogando con fervor;
pero en su alma afligida
tal fué la triste impresión,
que cometida de un síncope
la desgraciada cayó.

Volvió en sí, y á tomar
un calmante se negó
increpando duramente
como en alguna ocasión,
á Dolores, quien el crimen
le achacó su intervención.

Aprovechando el momento
de encontrarse algo mejor,
tranquilidad demostrando
paciencia y resignación,
se le acercó un sacerdote
y á confesar la invitó,
y sin resistencia alguna
realizó su confesión.

El verdugo de esta Audiencia
desde que ayer concluyó
el patíbulo tablado
donde hará la ejecución,
según costumbre, encerrado
se halla en aquella prisión,
esperando la hora infausta
en que ejerza su misión.

Como terminantemente
ha habido prohibición
para recibir visitas
la reo en esta ocasión,
lo mismo á los periodistas
que á gente de posición,
únicamente han entrado
los que por obligación
á ejercer autoridad
visitaron la prisión.

Y la primera visita
fué la del gobernador,
que con frases cariñosas
de consolarla trató,

aunque de tanto llorar
Higinia estaba sin voz.

Más de todas las escenas,
la que más enterneció
fué la última entrevista
que la reo celebró
con su hermano; el presenciarla
oprimía el corazón.

Es Elias Balaguer
de honrada condición,
por sus buenas cualidades
muy digno de estimación,
y aunque muy avergonzado
al ver en qué situación
la conducta de su hermana
á esta la colocó,
son hermanos, y á la sangre
siempre existe inclinación.

Quiso despedirse de ella,
y aunque obstáculo halló
para evitar de la escena
la tristísima impresión,
á fuerza de muchos ruegos
su deseo consiguió
y en la capilla fatídica
apesadumbrado entró

Apenas los dos se vieron,
se abalanzaron los dos,
y fuertemente abrazados
se besan con efusión,
sus lágrimas se confunden,
se desvanece la voz,
y sin proferir palabra,
late fuerte el corazón,
al pensar en el instante
que llega sin remisión.

Un accidente á la Higinia
fuertemente acometió,
y cuando se hubo repuesto
con imperceptible voz
y lágrimas en los ojos
pidió á su hermano perdón,
y que en su nombre hiciera
identica petición
á sus parientes y hermanos,
por aquel negro borron
que por su muerte afrentosa
arrojaba. Contestó
Elias que desde luego
la perdonaba, y huyó
sin proferir más palabra,
á impulsos de la emoción.

Pero ya en la galería

tan dura era la impresión del pobre Elias, tanto se le oprimió el corazón, que, presa de un accidente, al suelo se desplomó.

Después huyó como un loco, y ya á su hermana no vió.

Desde aquel fatal momento el estado se agravó de la infeliz sentenciada y su tristeza aumentó.

Aquella risa que antes soltaba en toda ocasión, unas veces naturales, y las más por la tensión de los nervios, de sus lábios contraidos, se apartó.

Su rostro descuajado mostraba la postración de ánimo en que se encontraba; de sus ojos el fugor desapareció también, y ya la conversación aquella hora, pareció relucía, pues al fin á comprender empezó lo horrible de su desgracia, lo imposible del perdón, lo cercano de la hora que dará el último adios y la vida á la esperanza y á la engañosa ilusión.

Y ella que tan varonil siempre, siempre se mostró, diciendo: «los de mi tierra todos son arrojados son» ella temblaba de miedo. ¡Tengámosla compasión!

A la una y cuarto del día que vió por último el sol, se celebró en la capilla una misa, que ella oyó, al parecer resignada con religioso fervor.

Y según se iba acercando que se iba más animando y que con resolución esperaba el desenlace de aquel drama aterrador.

Después de haber confesado, con tranquilidad oyó de lábios de un sacerdote

breve y sencillo sermón.

Regaló un escapulario después á su defensor, y dió otro para su hermano cual recuerdo de dolor.

Hizo luego el testamento, y consignada dejó una corta cantidad de lo que ella recaudó para dos misas, y el resto para hermano entregó.

A las cinco la infeliz profundamente durmió, al parecer, olvidada de su triste situación, no comprendiendo sin duda lo que á su alrededor sucedía y dando muestras tal vez de enagenación.

Y finalmente, á las ocho menos minutos, salió el verdugo, y el tablado observó con detención.

Entró luego en la capilla, pidió á la Higinia perdón y la triste comitiva al patíbulo marchó.

Al ver la realidad de su triste situación, y perdida la esperanza que hasta entónces le alentó, puede decirse que Higinia ya no tiene noción de lo que la sucedía, y en tal estado subió, que se apoyó en dos hermanos vencida por la emoción.

Sollozaba amargamente presa de grande aficción, y al sentarse en el banquillo de esta manera exclamó: «¡Ay, Dios mío! ¡me han matado!» «Al fin no habido perdón.»

Acto seguido el verdugo su cometido cumplió, y el alma de una infeliz del cuerpo se desprendió.

El perdón que en este mundo la justicia le negó, ¡ojalá lo haya alcanzado en el tribunal de Dios!

(Es propiedad de la casa.)